

bre se excede á sí mismo, y vive en la carne como si fuese puro espíritu, pudiendo decir con el Apóstol: *Viviendo en carne, no regulamos nuestra vida por las leyes de la carne, sino por las del espíritu* (1).

¡Oh bendita castidad!—exclama aquí San Atanasio (2). Corona que nunca se marchita, templo de Dios, sagrario del Espíritu Santo, preciosísimo tesoro escondido al vulgo de los hombres, hallado de pocos, aborrecido de muchos y deseado de los dignos. ¡Oh continencia, que destruyes la muerte y posees la inmortalidad! Tú eres gozo de los profetas, gloria de los apóstoles, vida de los ángeles y corona de los santos. Bienaventurado el que te alcanza y profesa con perseverancia, porque trabajará por tí un poco en este mundo y gozará luego en el cielo en grado sumo de tus inefables prerrogativas.

Prerrogativas.—1.^a Veamos qué prerrogativas acompañan á esta celestial princesa, y en pos de ella entran en el alma. Comencemos por la más excelente. Apenas emite la religiosa el voto de castidad—que constituye la mejor guarda de la pureza—queda estrechamente unida con Jesucristo en desposorio espiritual (3) y con derecho á llamarle verdadero Esposo. Así lo dice San Pablo, hablando con las almas puras: *Os tengo desposadas con el único Esposo, que es Cristo, para presentaros á Él como una casta virgen* (4). Y si decís que esponsales y virginidad son incompatibles, escuchad las palabras que emplea el Evangelista San Mateo al referir la parábola de las vírgenes: *Éstas, dice, salieron al encuentro de su Esposo, y entraron con Él á las bodas* (5); á todas llama Cristo con el honroso título de esposas. Y no debéis extrañarle, porque en las bodas que Cristo celebra con las almas

(1) II. Corinth, X, 3.—La Puente, Est. relig., trat. 2, cap. 4.

(2) Lib. de virginít.

(3) Osee, II, 19.

(4) II. Corinth, XI, 2.

(5) Matth., XXV, 2.

puras, el Esposo es el mismo Hijo de Dios, manantial inagotable de pureza y santidad (1); y por lo mismo, lejos de padecer menoscabo la virginidad, en esta unión espiritual se purifica y aquilata su hermosura á los ojos de Dios; y así lo confesó la heroica y tierna virgen Santa Inés, cuando decía al tirano: «Yo amo á Cristo, nacido de madre virgen y de Dios virgen; amándolo soy casta; pura soy abrazándolo, y al desposarme con Él, soy más que nunca virgen» (2). Sí, virgen más que nunca es el alma que por el voto de castidad se desposa espiritualmente con Jesucristo, á quien llama el Espíritu Santo *resplandor de la luz eterna* (3), de cuyo foco procede toda pureza y honestidad, de tal suerte, que sólo pueden llamarse propiamente vírgenes, las que se hallan unidas con Cristo por este sagrado vínculo, como dice el Profeta: *Serán presentadas al Rey las vírgenes* (4), esto es, nota San Bernardo (5), sólo las vírgenes que desposadas con Cristo, perseveren unidas con Él hasta la muerte. Estas son las *vírgenes prudentes, que con lámparas encendidas y bien provistas, salen á recibir al Esposo, y entran con Él á celebrar las bodas*. No entran como criadas de casa, sino como miembros principales del cuerpo místico de la Iglesia, esposa del Cordero; y por esto como esposas celebran también con Él sus bodas espirituales llenas de alegría, en premio de haber renunciado las mundanas (6).

2.^a Además, aunque humanamente hablando, no puede concebirse mayor familiaridad ni más estrecha intimidad y confianza, que la que suele haber entre los cónyuges, pues, como dice la Sagrada Escritura, *son dos en una sola carne* (7); es no obstante, mucho mayor sin comparación y más íntima

(1) Levít., XI, 44.—Levít., XX, 26.—Josué, XXIV, 19.—Joann., VIII, 46.—Hebræ., VII, 26.

(2) Offic. Sanct., Agnetis.

(3) Sapient., VII, 26.

(4) Psal. XLIV, 15.

(5) Serm. 14, in Cant.

(6) La Puente, lug. cit.

(7) Génes., II, 24.—Matth., XIX, 5.—Marc., X, 8.—Ephes., V, 31.

y más pura y deleitosa la que existe entre Cristo y las vírgenes sus desposadas, y ésta es otra prerrogativa con que Dios se digna dotar al alma casta. En la Ley antigua, el pueblo escogido temía tanto que le hablase Dios, que llegó á decir á Moisés: *Háblanos tú, y oiremos: no nos hable el Señor, no sea que muramos* (1). Mas en la Ley nueva, ley de gracia y de amor, no acontece así, dice el Apóstol, porque *nos ha hablado*, y habla *Dios por medio de su Hijo, Jesucristo* (2), el cual, en sentir de San Gregorio Niseno (3), por amor á la virginidad de María, en cuyo castísimo seno quiso encarnarse, ha tenido la dignación de llamarse Esposo de las almas que la profesan; privilegio exclusivamente otorgado á la virginidad, por el cual, añade el Doctor Angélico (4), han logrado muchas santas vírgenes, aun en esta vida, ser distinguidas y regaladas de Cristo con visiones, revelaciones, raptos, éxtasis y con otras familiares muestras de amor y predilección. Vosotras lo sabéis. Después de la Virgen Santísima, Nuestra Señora, ¿quién más amado y favorecido de Jesús que el virgen San José, que tuvo la imponderable dicha de vivir treinta años en su compañía, y conversar con Él á toda hora, y recibir sus abrazos inefables y regaladas caricias, y extasiarse en la contemplación de aquella hermosura increada (5) que *no se sacian de mirar los ángeles* (6), y constituye el encanto y la felicidad de los bienaventurados? (7). ¿Quién más tiernamente amado de Jesús, dicen San Jerónimo (8) y San Agustín (9), que San Juan Evangelista? Porque lo vió *adornado con la especial prerrogativa de la virginidad* (10), trabó con él dulcísima amistad, y le descubrió todos sus

(1) Exod., XX, 19.—Deuter., V, 25-26.

(2) Hebræ., 1, 2.

(3) Lib. de virgin., cap. 2.

(4) Super, cap. XIV, Apocal.

(5) Psal. XLIV, 3-5.

(6) I. Petr., I, 12.

(7) Psal., XVI, 15.

(8) Lib. 1, cont. Jovinian.

(9) Tract. últ. in Joann.

(10) In offic. S. Joann. Evang.

secretos, y permitió que en la última cena *reclinase su cabeza en su amorosísimo pecho* (1), y en la cruz le encomendó el cuidado de su Madre (2), porque no había de encomendar madre virgen, sino á discípulo virgen. Las vidas de los santos ofrecen innumerables ejemplos de esta índole, entre los cuales deseo relataros uno, henchido de inefable ternura. De Santa Catalina de Sena escribe su confesor, el bienaventurado Raimundo de Capua, que á los siete años se consagró á Dios con voto perpetuo de virginidad (3), y desde entonces no cesó de recibir de su dulcísimo Esposo tiernísimas é inefables muestras de especial cariño y familiaridad. Un día—dice—Jesucristo se la aparece; la abraza con efusión entrañable; la aprieta contra su pecho; junta la cara de ella con la de Él; la besa; abre la llaga de su costado; aplica á ella la boca de la Santa, y la dice: «Bebe, hija mía; embriágate de mi misma vida.» Este nombre «hija mía», dicho por Jesús con ternura encantadora, la volvió tan loca á lo divino, que decía á su confesor: «Padre, dígame muchas veces «hija mía», para sentir renovadas las delicias que experimenté al llamarme así Jesús» (4). Ved, hermanas mías, hasta dónde alcanza el apasionado amor que profesa Jesucristo á esta virtud, cuando la ve resplandecer en alguna de sus criaturas.

3.^a San Basilio, como si intentara resumir en una frase cuanto puede decirse en honra y alabanza de esta virtud incomparable, atrevese á afirmar que la castidad otorga á quien la profesa cierta incorruptibilidad semejante á la que posee Dios por naturaleza (5); porque la pureza de cuerpo y alma, á manera de alas, elevan al hombre sobre la esfera de lo corruptible para recibir la divina semejanza; y esta

(1) Joann., XIII, 23.

(2) Joann., XIX, 26-27.

(3) Vida, part. 1, cap. 3.

(4) P. Alvarez, en el prólogo.

(5) Lib. de vera virgin.

opinión estriba en las siguientes palabras del Sabio: *La perfecta pureza une con Dios* (1), y como dice San Pablo, *quien está unido con el Señor, es con Él un mismo espíritu* (2). Escuchad á este propósito un ingenioso comentario de San Isidoro (3). Entre los preceptos legales que intimó Dios al pueblo de Israel, uno de ellos mandaba que *el sacerdote máximo entre sus hermanos, no entrara en la casa donde hubiese un cadáver, ni interviniere en ninguna ceremonia fúnebre* (4); y no obstante, Moisés que promulgó esta ley, fué el primero en derogarla, al parecer, pues al salir de Egipto *llevó consigo los restos mortales de José, para darles sepultura en Siquem* (5). Mas no fué así, dice el mencionado San Isidoro, el cual pone en boca de Moisés estas palabras: Al obrar de esta suerte, no violo la ley, sino que me atengo á su espíritu, ya que para mí no ha muerto quien, como José, profesó inviolablemente la castidad durante su vida; y si bien dice San Pablo: *Quien siembra ahora para su carne, de la carne recogerá después la corrupción y la muerte* (6); pero no acontece esto en los que, venciendo y mortificando su carne, han demostrado que son superiores á ella, viviendo como ángeles, y con ellos habla el Apóstol cuando añade: *Quien siembra para el espíritu, del espíritu cogerá la vida eterna*. Así lo confesó la casta virgen Susana, cuando, al verse en inminente peligro de perder esta joya, dijo movida por la gracia: *Si consiento en el pecado, moriré* (7); porque la verdadera vida consiste en andar puros y castos en la presencia de Dios. En consecuencia, dice San Gregorio Niseno (8), quien procura conservar limpia, pura y resplandeciente esta perla inestimable, bien puede asegurar que participa ya de la vida espiritual é

(1) Sapient., VI, 20.
 (2) I. Corinth., VI, 17.
 (3) Lib. 4, epíst. 157.
 (4) Levit., XXI, 1-11.

(5) Exod., XIII, 19.—Act., VII, 16.
 (6) Galat., VI, 8.—Rom. VIII, 13.
 (7) Dan., XIII, 22.
 (8) De virgin., cap. 13.

incorruptible de los ángeles, que le libraré de la muerte y de la corrupción.

Bienaventurada la religiosa que posee en su corazón esta virtud hija del cielo, y la practica con esmerada solitud, y está dispuesta á defenderla, con la divina gracia, aun á costa de su vida, ya que constituye como el carácter distintivo de las esposas del Cordero; y mientras brille en su alma esta joya inestimable, ella será, como *huerto cerrado* (1), el lugar de las delicias de su enamorado Jesús, y la confidente de sus secretos, y el objeto de sus más tiernas caricias (2); y aun viviendo en cuerpo mortal y corruptible, su espíritu, libre *con la libertad de los hijos de Dios* (3), morará en el cielo cuando así le plazca, y conversará con los ángeles, sus semejantes, y en premio de sus victorias, adquirirá cierta incorrupción, propia de los íntimos amigos del Esposo, y precursora de una feliz inmortalidad. Digna de envidia es por cierto la religiosa que logra poseer este tesoro, no á todos concedido (4); pero debe tomar en cuenta que son muchos y muy astutos los enemigos que lo codician, como dice San Gregorio (5), y por lo mismo, debe vivir apercebida y practicar los medios adecuados para que no sufra menoscabo.

Medios. Entre los diversos medios que indican los Santos Padres de la Iglesia y maestros de espíritu, para obtener y conservar la castidad, escogeré los más eficaces, entre los cuales ocupa el primer lugar la fervorosa y perseverante

Oración. La castidad, dice San Agustín (6), es un don gratuito de la divina munificencia; por lo mismo, debemos pe

(1) Cant., IV, 12.
 (2) Prov., VIII, 31.
 (3) II. Corinth., III, 17.—Galat., IV, 31.—Galat., V, 13.

(4) Matth., XIX, 11-12.
 (5) Homil. 2, in Evang.
 (6) Confes., lib. 10, cap. 29.

dirla á Dios de corazón é incesantemente; y así lo hace el Santo en el libro de sus «Confesiones» diciendo: «Vos, »Señor, me mandáis la continencia; dádmela, Dios mío, pues »es don vuestro». *Luego que llegué á entender*, dice el Sabio, *que no podría ser continente si Dios no me lo otorgaba, sin demora acudir al Señor y se lo pedí con todo el afecto de mi corazón* (1). Y aunque os parezca la oración un medio general para alcanzar cualquiera otra virtud, pero la victoria del vicio que denigra y emponzoña la pureza, escribe Casiano (2), no puede obtenerse sin una gracia especialísima de Dios, como lo enseñan todos los Santos Padres y aun la misma experiencia. Cuando el Apóstol de las gentes (3) se sintió agitado por los estímulos de la carne, lo primero que hizo fué encomendarse de corazón á Dios, reiterando importunamente sus ruegos y súplicas (4), y entonces Dios lo aseguró en su gracia para triunfar siempre en todos los combates. Confieso, dice San Juan Crisóstomo (5), que el supremo recurso en las tentaciones de esta índole, es acudir á Dios, autor y dispensador de la gracia (6); mas siendo la Virgen Santísima el conducto de todas las gracias, á su valiosa intercesión debemos acudir también cuando seamos tentados. Yo no concibo, añade el erudito P. Salazar (7), cómo pueda conservarse casto, quien no recurre con frecuencia á la mediación y patrocinio de María, la más pura de la vírgenes. Mas no basta la oración, si no va acompañada de su inseparable hermana la

Mortificación del cuerpo y la guarda de los sentidos. «No se harta el ojo de ver, ni el oído de oír», dice el Sabio (8); en consecuencia, andar con los sentidos derramados

(1) Sapient., VIII, 21.

(2) Instit., lib. 6, cap. 6.

(3) Galat., II, 8.

(4) II. Corinth., XII, 7.

(5) Serm. de laud. B. M. V.

(6) Hebræ., II, 10.

(7) In proverb., cap. 8.

(8) Ecclesiast., I, 8.—Kempis, lib. 1, cap. 1.

—siempre codiciosos de halagüeñas impresiones que llegan al corazón—no es cosa que se compadezca con la castidad. Tratar blandamente la carne, no negarla satisfacción alguna, y pretender que no se rebele, es pedir un milagro. Por el contrario, castigarla con ayunos, sujetar su orgullo con cilicios, disciplinas y otras mortificaciones y penitencias, aprobadas por nuestro director espiritual, es el medio más seguro y eficaz, y el recomendado por Jesucristo (1) para sujetarla al espíritu. No usaba otro San Pablo contra la rebelión del sentido, como él mismo confiesa: *Castigo mi cuerpo, y como vil esclavo lo tengo sujeto á la razón*, que es la señora (2). A este remedio se acogió San Jerónimo, mientras fué combatido por este linaje de tentaciones. Escribiendo á Eustoquio, dice: «Sujetaba la carne rebelde á los dictámenes del espíritu, con semanas enteras de rigurosos ayunos» (3). Del mismo se valió San Hilarión, para no ceder á los asaltos del enemigo infernal que, coligado con la carne, movía contra él fiera guerra del sentido, como refiere San Jerónimo (4). Actos heroicos leemos de muchos santos, que demuestran el apasionado amor que profesaron á esta virtud. Por no perder este tesoro, revolvióse San Benito desnudo dentro de un zarzal, bañando las espinas con su sangre. Y San Francisco se arrojó sobre la nieve en lo más crudo de la noche. Y San Bernardo se echó desnudo en un estanque helado, y quedóse casi yerto y desmayado. ¿Qué maravilla es que éstos y otros héroes hiciesen tales estragos en sus cuerpos por la defensa de este tesoro, que enriquece de santidad á quien lo posee, cuando vemos que los amadores del siglo pierden el sosiego, espoleados por el afán de enriquecerse, exponiendo su vida á mil desastres, y aun á

(1) Matth., XVII, 20.

(2) I. Corinth., IX, 27.

(3) Epist. ad Eustoch.

(4) In vita S. Hilarión.

peligros de muerte? (1). Pero con ser estos medios tan violentos y tan eficaces para triunfar del apetito sensual, no son decisivos, herm. mías, no son infalibles, dice Casiano (2), no bastan para salir vencedores en esta lucha, y aun serán completamente inútiles, si no van acompañados de una profundísima y sólida

Humildad. La soberbia, escribe San Agustín (3), corrompe y destruye la continencia y virginidad, bellísimas virtudes que constituyen el más brillante ornamento de la santidad, y por ello debe guardarse con gran vigilancia de cualquier asomo de presunción, quien desee conservarse puro y casto. Y San Gregorio añade: «Así como no agrada á Dios una humildad sucia, tampoco puede serle agradable una castidad soberbia» (4). San Juan Clímaco dice que conoció varones muy mortificados y penitentes en extremo, terriblemente molestados por esta pasión, porque eran soberbios (5). Y San Juan Crisóstomo refiere—y lo dice maravillado y confundido—que tuvo ocasión de conocer á algunos siervos de Dios tan abstinentes y mortificados, que apenas podían tenerse en pie por la debilidad y flaqueza que se había apoderado de sus miembros, y á pesar de ello veíanse forzados á sostener una lucha vigorosa con la carne que no les dejaba un momento de sosiego; y termina diciendo, que para vencer en esta lucha formidable, no basta la mortificación del cuerpo, si no va acompañada de una profunda humildad de corazón (6). Seamos, pues, humildes de corazón, herm. mías; enamorémonos de esta virtud, tan amada y encarecida por Cristo (7), y alcanzaremos la paz y el sosiego que tanto necesita nuestro espíritu; y Dios, que ha

(1) P. Scaramelli, tom. 3, cap. 2.

(2) Instit., 6, cap. 1.

(3) Lib. 6 de virgin., cap. 39.

(4) Moral., lib. 2, cap. 3.

(5) In Scala Parad., grad. 15.

(6) In verba S. Joann. Clim.

(7) Matth., XI, 29.

prometido y como vinculado todas las gracias á esta virtud, nos concederá la pureza del cuerpo y la del alma y la limpieza de corazón que nos hará bienaventurados (1). Dicha incomparable; gracia de primer orden que jamás sabremos apreciar en lo que vale. Así lo ha dicho Jesucristo: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios* en esta vida á través del misterioso velo de la fe, con la contemplación (2), y *lo verán cara á cara en la otra* por medio de la visión beatífica (3). De aquí deduce San Agustín (4), que la castidad tiene un puesto muy eminente y glorioso entre las virtudes, porque sólo ella, dice el santo, nos conduce á ver á Dios del modo que es posible en esta vida, y de modo perfecto en la venidera.

Concluyo, herm. mías, suplicándoos que penséis á menudo en los grandes honores que la virginidad prepara á vuestros cuerpos; ella los purifica, los consagra, extingue en ellos la concupiscencia, mortifica los malos deseos, y por medio de santas preparaciones, dispone la carne mortal á una luz incorruptible. Pensad á menudo que sois esposas del Hijo de Dios, del Hijo de María, de Jesucristo Señor nuestro, Rey y modelo de vírgenes, y como á tales, os es concedido *entender sin parábolas el misterio de Dios* (5), *y seguir al Cordero á donde quiera que vaya* (6) *y cantar el himno, sólo de ellas sabido.* Renovaos todos los días por el amor de la pureza; no sufráis que ella sea empañada, ni aun por el hálito de la serpiente infernal; y si sois celosas de la pureza del cuerpo, sedlo más aún de la pureza del alma, porque es imagen de Dios (7), y en ella tiene puestos sus

(1) Matth., V, 8.

(2) P. Scaramelli, tom. 3, cap. 3.

(3) I. Corinth., XIII, 12.—Mons. Gay. Castidad.

(4) Serm. 50, de temp.

(5) Luc., VIII, 10.

(6) Apocal., XIV, 3.

(7) Génes., I, 26.—Génes., IX, 6.—Sapient., II, 23.—Coloss., III, 10.

ojos (1) y su Corazón y sus mayores complacencias (2); con ella ha querido *desposarse por medio de la fe y de la caridad* (3), hasta que llegue el momento—y no ha de tardar— en que logre sentarla en el lugar señalado en el cielo á sus esposas, para reinar con Él y gozar de sus abrazos amorosísimos por los siglos de los siglos.

(1) Eccli., XV, 20.—I. Petr., III, 12.

(2) Prov., VIII, 31.—Mons. Gay. Castidad.

(3) Osee, 11, 20.



DE LA OBEDIENCIA
